

de depósito», así como su correspondiente interpretación, son decisivos para perfilar el número de lectores potenciales y la cantidad de libros que presumiblemente poseían los diferentes niveles socioprofesionales de la Ciudad Condal durante el XVI. El panorama resultante permite concluir que la llegada y posterior desarrollo de la imprenta en la ciudad no propició un ensanchamiento en el círculo de poseedores de libros. Se pasa de un 35,5% entre los años 1473 y 1500 a un 24,4% entre 1551 y 1600. Por el contrario, permitió que la media de libros por biblioteca ascendiera de forma progresiva a lo largo de la centuria. En efecto, entre 1473 y 1500 se supera el 15%, llegando hasta el 35,3% entre 1551 y 1600.

La cifra global de inventarios con libros en el período estudiado alcanza el porcentaje del 26,7 (hombres: 30,9% y mujeres: 13,7%), mientras que el número medio de libros es del 28,1%. Ambos porcentajes se sitúan en valores perfectamente homologables a los de otras ciudades españolas y europeas.

No obstante, este capítulo, sin duda clave y fundamental, hubiera sido merecedor de un mayor entretenimiento al menos descriptivo. Queda algo «deslucido» por su apretada síntesis. Por otro lado, desde un plano más particular sorprende la devoción que el autor hace de las comparaciones demasiado reiterativas con el caso valenciano estudiado por Berger.

Los capítulos V y VI sobre «El libro en movimiento» y «El entorno de la lectura», respectivamente, se estructuran bajo el dictado de un profundo gusto por narrar. En ambos, el acopio de materiales prueba la capacidad que tiene el autor para hacer un texto legible. Crea una línea argumental llena de situaciones en general atrayentes y amenas, que, sin embargo, no empuja para analizar con rigor, en el caso del primer título, la disposición del libro en el espacio

urbano; el mundo de la librería y su clientela; las ventas de libros de segunda mano (almonedas); las herencias y los préstamos.

Siguiendo este modo explicativo, en el capítulo titulado: «El entorno de la lectura», Peña Díaz propone como finalidad: «conocer si el proceso de alfabetización y difusión del libro y la lectura en Barcelona tuvo su reflejo en un cambio de actitudes hacia la disposición interna de la casa y, en concreto, si los cambios de ubicación del libro-objeto a lo largo del siglo XVI en el territorio doméstico implicaron un ejercicio de lectura más íntimo, menos público, atendiendo a tres elementos: el local, el mobiliario y la decoración» (pág. 229). Por supuesto los resultados son evidentes. Las prácticas de lecturas de la sociedad barcelonesa a lo largo del siglo XVI experimentaron un proceso de «privatización» lento y sin rupturas, que acarrió en su distribución en el espacio doméstico un cambio más especializado y selectivo. Es decir, los libros pasaron de zonas comunes (la cocina, el comedor, etc., en las que lo privado rozaba la esfera de lo público y en donde las lecturas —si se hacían— eran de forma colectiva y, por tanto en voz alta) a otras más especializadas, íntimas y perfectamente diferenciadas del resto de habitaciones de la casa. En resumen, espacios por excelencia dedicados a lo privado y en donde en ocasiones servían para despachar negocios o recibir visitas, incluso para guardar objetos curiosos, exóticos y científicos o simplemente aquellos que sencillamente facilitaban la lectura y escritura. Las habitaciones-estudio se hicieron más habituales a partir de las últimas décadas de siglo preferentemente entre la nobleza, profesiones liberales y algún cualificado mercader.

Quizás el VII y último capítulo dedicado al tema lingüístico: «Lenguas y lecturas», y sin entrar en otras apreciaciones, va más allá de la pura recreación documental. El análisis

de la cuestión de la lengua, en una parte, reproduce la doble línea del bien y del mal en la que comparecen ingredientes oportunos y válidos frente a otros posiblemente algo más polémicos. Quizás una de las aspiraciones del autor es abrir un debate fructífero. Eso sí, sus postulados de base son contundentes y directos.

En resumen, la propuesta del autor tiene como objeto revisar, desde el estudio de la posesión del libro y la actividad editorial e impresora de la Barcelona del siglo XVI, algunos elementos de la ecuación de causa efecto entre la «decadencia» de la cultura catalana y la castellanización impuesta. Según el autor, Barcelona no sucumbe ante la castellanización editorial. Sus prensas además de modular y adaptarse a los gustos literarios de los barcelonenses, también se sumaron, sin ambages, a casi todos los éxitos literarios más leídos de la época. La evolución de las preferencias lingüísticas en materia de libros impresos registrados en los inventarios apunta hacia el latín como lengua predominante hasta bien entrado el primer cuarto de siglo. En adelante las lenguas romances empiezan a tomar posiciones. El

predominio del catalán seguido por el italiano y el castellano resulta incuestionable, al menos hasta el segundo tercio del siglo, momento en el que la lengua castellana comienza a escalar posiciones superando al italiano, pero no al catalán. A partir de 1580 el dominio del catalán es desplazado por el castellano. El panorama lingüístico que presenta la producción editorial en Barcelona entre 1501 y 1600 es sensiblemente diferente a los rimos observados por Berger en la actividad editorial valenciana, en donde la castellanización fue más intensa.

En conclusión, con el presente trabajo nuestra disciplina cuenta ya con un eslabón decisivo en el proceso de reconstrucción de la historia del libro en España durante los tiempos modernos. Una línea historiográfica que ya desde las contribuciones señeras de Chevalier y Berger, pasando por otras no menos importantes como las de Cerdá, Alvarez Santaló, Barreiro, Gelabert, Werruaga, Lamarca, López o Burgos, entre otros, se viene completando. Manuel Peña Díaz es un nombre inevitable que a partir de ahora completa la anterior nómina.

José Manuel Prieto Bernabé
Centro de Estudios Históricos, CSIC

CIRACONO, Salvatore: *Acque e agricoltura. Venezia, l'Olanda e la bonifica europea in età moderna*, Franco Angeli, Milán, 1994, 322 págs.

El análisis de la *bonifica* o drenaje, desecación y colonización agrícola de tierras lacustres en la Europa moderna tiene amplia repercusión en la historia agraria del continente, ya que en primera instancia fue el recurso común para aumentar la producción agrícola ante el crecimiento demográfico. Pero tiene también un interés especial por dos motivos más: se produjo en zonas muy extensas (valle del Po, deltas del Mosela y Rhin, lagos de Holanda, Fens ingleses), y afectó a tierras pantanosas que al ser desecadas alcanzaban una elevada productividad y por tanto jugaron un papel

importante en el crecimiento agrícola de estos países.

Este es el punto de partida de un libro que, como declara el autor en la introducción, se ocupa de un tema nuevo en la historiografía, que no acaba en la historia veneciana sino que tiene alcance europeo. En efecto, la colonización de la Terraferma veneciana y su denominada «revolución agrícola cuantitativa» requirió complejos recursos técnicos, que impulsaron el desarrollo en Venecia, en los siglos XV y XVI, de una espléndida ciencia hidráulica, tanto en la vertiente matemática teórica como en la vertiente ingenieril. A partir de la crisis del siglo XVII la política hidráulica del Estado veneciano fue yendo a parar a manos de ingenieros holandeses, constatación cuya aclaración mueve al autor a plantearse, en un largo análisis comparado, cuáles eran las condiciones diferenciales en que histórica-mente tuvo lugar la colonización de los *países* holandeses; en qué se diferenciaron estas colonizaciones de las de la Terraferma veneciana, y finalmente cómo surgió la hidráulica holandesa, una ciencia que desde el siglo XVII triunfó en toda Europa y tuvo un papel fundamental en la colonización de las principales zonas lacustres de la Europa septentrional.

El tema de investigación fue iniciado por su autor hace ya dos décadas y ha sido objeto de diversos trabajos publicados, algunos de los cuales han sido reelaborados y ampliados para componer esta obra, que en tradición que el autor reclama explícitamente tiene cierta reminiscencia braudeliiana. De la solidez del trabajo hablan las fuentes casi por sí solas: una muy extensa labor de archivo le ha llevado a recoger documentación de media docena de archivos regionales de Venecia y el área del valle bajo del Po (utilizando ampliamente fuentes catastrales, aunque no sólo), los principales archivos de París, y a consultar gran

número de fuentes impresas del siglo XV al XVIII y bibliografía. Y todo ello en cuatro idiomas, además del italiano.

El plan de la obra la desarrolla en dos partes bien diferenciadas, dedicadas respectivamente al Véneto y Holanda, divididas en varios capítulos. La primera parte, dedicada a la Terraferma veneciana, expone en dos capítulos el proceso de extensión agrícola del regadío en el Véneto y la evolución de la coyuntura agrícola durante los siglos XVI a XVIII, evidenciando el crecimiento del siglo XVI, la crisis del siglo XVII, la recuperación desde la segunda mitad de la centuria y la «revolución agrícola» del siglo XVIII, en este caso básicamente cuantitativa y muy relacionada con el cultivo del arroz.

En el tercer capítulo, muy novedoso, se estudia la ciencia hidráulica veneciana desde fines de la Edad Media al siglo XVIII prestando especial atención a la revolución científica del siglo XVII y a lo que llama la «segunda» revolución científica del siglo XVIII, con una fuerte influencia de la vecina Lombardía. Se constata un crecimiento científico, cuyo desarrollo quedó frustrado en buena medida por carecer la ciencia hidráulica italiana de un centro potenciador y unificador de la producción científica similar al que por entonces representaban ciudades como París o Londres. Esto es lo que hizo que fuera superada por la francesa, que gracias a la Academia Francesa, la *École des Ponts et Chaussées* y obras como la *Architecture hydraulique* de Bernard de Bélidor (1737) fueron punto de referencia fundamental para buena parte de Europa (pág. 185).

La segunda parte del trabajo se dedica a Holanda; tiene extensión algo menor pero no es por ello menos importante, ya que precisamente en Holanda estaba la clave de la solución al problema de la laguna veneciana y la regulación hidráulica de la Terra-

ferma, entre otras cosas. Los técnicos holandeses no sólo estuvieron en Venecia en el siglo XVII para resolver los complejos problemas de regulación de la laguna, asunto al que se dedica un capítulo, sino que a través de su tecnología (máquinas de dragado, molinos de viento) tuvieron presencia de toda la Europa septentrional: Alemania, Prusia, Francia e Inglaterra (aquí mucho antes, en el siglo XVI), tema al que se dedica el último capítulo.

Aunque el libro no tiene conclusiones, el lector encuentra una introducción con buen comentario introductorio y referencia a las tesis principales. Un punto crítico es que libro tan complejo no lleve una bibliografía final que deje disponible el largo repertorio de obras consultadas, que han de buscarse pacientemente en las notas, aunque se incluye índice onomástico. En fin, es sabido que con frecuencia estas carencias hay que atribuir las a la casa editorial, no al autor. En cambio los mapas incluidos son muy apropiados e imprescindibles para que el lector adquiriera una idea geográfica de las áreas de referencia.

Si tomamos como referencia la historiografía española el libro resulta importante en dos sentidos, tanto en metodología como en contenido. En primer lugar el contenido supone una aportación relevante a la historia de la ingeniería europea, con referencias a escuelas que tuvieron gran influencia en nuestro país: baste recordar para el siglo XVIII la pugna entre ingenieros holandeses, franceses y españoles a la hora de diseñar el Canal Imperial de Aragón, o la gran influencia que tuvieron en España el tratado de Bélidor y los planes franceses de construcción de canales interiores. Pero también es aportación que al ser hecha con buen criterio de historiador *tout court* no se queda en la historia de los artefactos o la teoría, sino que las pone en contacto con el entorno social y político en el que se pro-

ducen. Algo que en los estudios históricos de ingeniería en España se echa de menos con demasiada frecuencia.

En segundo lugar la obra resulta un complemento perfecto a la actual historiografía española sobre el regadío. El objetivo del libro es en buena medida su opuesto: la historiografía española del agua se preocupa ante todo de un medio de producción en general escaso, que se busca para el riego (aunque también hubo y se han estudiado colonizaciones lacustres, principalmente costeras), mientras que la preocupación de los campesinos en Venecia. Países Bajos o Fens ingleses era desecar, controlar o suministrar el exceso de agua: diques, canalizaciones, muros de contención, operaciones y máquinas de dragado, molinos de drenaje. Otra referencia, no menos importante, es la de la dimensión: el tejido de pequeños pantanos, pozos, acequias y canales que en la Edad Moderna se construyeron en Canarias, Alicante, Murcia o la ribera y el delta del Ebro, aprovechando orografías fragmentadas, es poco comparable en escala a las grandes necesidades de capital, tecnología y trabajo que requirieron la desecación de las áreas del delta del Po y ríos adyacentes, o el Haarlemmer y los numerosos lagos interiores holandeses.

En otro plano, dejando atrás las alusiones hispánicas, el análisis proporciona indicaciones de importancia sobre la racionalidad de estas colonizaciones y sobre sus efectos sociales, políticos e incluso culturales. Son procesos que por ejemplo en las áreas prealpinas cercanas a Venecia se comprobaba que favorecieron la difusión masiva del cultivo del arroz, estuvieron ligadas directamente a las fases de crecimiento y crisis demográficas y supusieron una intensa división interregional del trabajo. Es el caso de las zonas prealpinas de Vicenza y Verona: la segunda conoció una intensa expansión agrícola a partir de la segunda mitad del siglo XVII, lo que a su vez

permitió que en la primera se produjera un intenso desarrollo de la manufactura protoindustrial (págs. 16, 112 *passim*).

En Holanda, en cambio, se constata que la propia naturaleza del terreno en que se desarrolló la sociedad política tuvo importantes efectos sociales y culturales: la sociedad holandesa se veía constantemente a sí misma enfrentada a un enemigo natural, el agua, lo que proporcionaba a las comunidades rurales en la zona una elevada cohesión social frente al desafío exterior, y obligó a los señores feudales a otorgar a los colonos una mayor libertad de acción que por ejemplo en el interior de Alemania (págs. 21-22).

En fin, para terminar quizás no esté de más constatar, volviendo a la alusión hispánica y tomando como referencia los siglos XVI-XVII, la gran diferencia que había entre colonizar zonas lacustres, con la ayuda de un capital mercantil emprendedor, en tierras costeras que tras el drenaje quedaban

surcadas por vías de comunicación fluviales conectadas con los mercados, que el regadío en zonas peninsulares sobre tierras interiores, sin más salidas que las tierras, con una organización agrícola o ganadera previa que había que modificar y con la mayor parte de los capitales en manos de la Iglesia e invertidos en forma de censales. Es un contraste evidente pero que conviene no olvidar: el agua y el regadío en la España moderna fueron otra cosa, por la geografía y por las condiciones sociales.

En resumen, se trata de un libro de tesis, muy bien documentado, de alto nivel, producto de una larga reflexión sobre el tema, que tomando como referencia básica dos zonas europeas clave, Venecia y Países Bajos, aclara aspectos esenciales de la historia agraria y de la tecnología agrícola de Europa. Es por tanto de lectura recomendada para historiadores modernistas, historiadores de la economía e interesados en la historia de la tecnología.

Guillermo Pérez Sarrion

Universidad de Zaragoza

BOEHLER, Jean-Michel: *La paysannerie de la plaine d'Alsace (1648-1789)*, 3 volúmenes, Presses Universitaires de Strasbourg, Strasbourg, 1994

Los estudios de historia regional constituyen una de las líneas de investigación más representativas de la historiografía francesa. Constituye una tradición habitualmente relacionada con el grupo de los *Annales*, ya que buena parte de las aportaciones de los componentes de este grupo son estudios de espacios concretos que, con independencia de su tamaño o extensión, se entienden como objetos históricos. Pueden ser bien la cuenca mediterránea entendida como una región —o un «*basin*»— (F. Braudel), bien

entidades más específicamente identificables con lo que podemos entender como región, es decir el Franco-Condado (L. Febvre), el Beauvais (P. Goubert), el Languedoc (E. Le Roy Ladurie) o Catalunya (P. Vilar). Se trata de estudios aparentemente homogéneos, puesto que tratan temas aparentemente similares. Pero esta homogeneidad procede del propio sujeto elegido —la región— y no del planteamiento metodológico de cada uno de estos autores; es decir, las diferencias entre ellos radican sobre todo

en las hipótesis planteadas, permaneciendo como constante la importancia y el significado del medio geográfico en su doble sentido, físico y humano. El medio, o la investigación geo-histórica supone, al menos contemplado desde fuera del marco historiográfico francés, un tema casi inabarcable a la hora de comprender y realizar estudios históricos.

La obra de Jean-Michel Boehler puede integrarse en esta corriente historiográfica. Es un estudio regional que se inscribe en la línea seguida con anterioridad por el autor (*Histoire de l'Alsace rurale*, 1983, en colaboración con D. Lerch y J. Vogt). Pero desde un principio presenta una diferencia notable: se mantiene el marco geográfico —en este caso la planicie alsaciana— pero cambia el sujeto histórico. El campesinado de los llanos de Alsacia se erige en el protagonista de un proceso histórico cuyos límites cronológicos se sitúan en el período de tiempo comprendido entre la paz de Westfalia y la revolución francesa (1648-1789). Este sujeto histórico es analizado con una minuciosidad artesanal, en una obra voluminosa, no tanto por sus tres volúmenes, como por la amplitud de la información que incorpora en las cuatro partes en que el autor ha estructurado su trabajo.

El cambio de perspectiva no llega a una modificación equivalente en la organización del estudio. Aquí nos encontramos con un esquema tradicional que parte de la descripción del entorno geográfico, para continuar con el análisis de comportamientos estructurales de los aspectos demográficos y económicos, de los determinantes del equilibrio social y las formas de integración y exclusión, finalizando con una exposición de lo que el autor califica como «decorados de lo cotidiano». Todo ello acompañado de un apabullante conjunto documental dividido en fuentes manuscritas, instrumentos de trabajo y fuentes impresas, una biblio-

grafía compuesta de 3.602 títulos y un apéndice de 62 apartados; conjunto evidentemente heterogéneo, pero perfectamente estructurado en relación a la propia organización de la obra.

Si los campesinos alsacianos —más campesinos que alsacianos, como afirma Boehler— constituyen el sujeto de este trabajo, ¿cuál es el problema histórico que justifica su estudio?, ¿en qué tema de interés general se articula?, ¿qué hipótesis u objetivos se barajan? En la obra no se puntualiza claramente en qué consiste el problema histórico; más bien se apunta hacia los condicionantes que una serie de acontecimientos externos al propio colectivo social considerado —del fin de una guerra y sus efectos más inmediatos como serían las crisis epidémicas y las crisis de subsistencia, a las vísperas de una transformación en la organización y funcionamiento del Estado— ejercen sobre el medio físico y humano y cual es el balance de esta relación, en un período de tiempo que permite abarcar la observación de unas cuatro generaciones de campesinos alsacianos. Vemos como el espacio continúa siendo un elemento de referencia básico —casi determinante— pero ha cedido su protagonismo al campesinado. Lo cual permite establecer una relación más clara con el tema de interés general en el que creemos conviene articular este problema histórico; me refiero a la naturaleza y evolución de las estructuras sociales agrarias, ~~en especial de los componentes campesinos de estas estructuras~~. Ahí es donde cabría incorporar la hipótesis que este estudio sugiere: la madurez, la modernización de estas estructuras para aceptar las nuevas condiciones externas que introduce la Revolución.

¿Cómo se ha llegado a esta madurez?, o mejor dicho, ¿cómo ha llegado J. M. Boehler a mostrarnos esta madurez? Gracias a una descripción exhaustiva de los diversos com-